

ron rodeados de pureza; sólo aquellas dos jóvenes, modelos de virtud, velaron su agonía.

María se levantó y cerró piadosamente los bellos ojos de Celia; luego la besó en la frente, con la triste ternura de una hermana.

—¡Descansa en paz—le dijo—y ruega á Dios por mí, pues ya eres ángel de luz, á los pies de su trono de gloria!

FIN DE LA PARTE SEXTA

EPÍLOGO

Tres meses después, María, Alberto, Elvira, Gaspar, Miranda y Alvareda se hallaban en Granada.

María, su marido y el padre de éste habían ido á instalar á los recién casados en la casa solariega que el novio poseía en la hermosa ciudad de Boabdil.

Los funerales de Celia fueron tan suntuosos y magníficos como correspondía á su alto rango.

Gaspar había escrito al Conde de las Navas, que se hallaba en Alemania, el fallecimiento de su mujer; pero aquel hombre egoísta, cruel y endurecido en toda clase de vicios y desórdenes, ni aun contestó á la carta.

—Toma—dijo María al esposo de su hermana, entregándole un estuche de terciopelo;—éste es el regalo que me hizo al casarme la desdichada Celia, y que nunca he querido ponerme; sirvan estos diamantes para sus funerales, ya que nadie en el mundo quiere prestarle este deber, y con el resto

de su valor manda, hermano mío, que digan misas por el descanso eterno de su alma.

—¡Eres un ángel!—dijo Gaspar;—Dios no puede dejar de hacerte dichosa.

Terminados los tristes deberes del funeral por el alma de la Condesa, salieron todos para Granada. Elvira y Alvareda fueron los que formaron más empeño en que dejasen Madrid, al menos por algún tiempo, María y su esposo; aquélla, efecto de sus anteriores padecimientos morales al ver consumarse paso á paso la ruina de su marido, y del terrible sacudimiento que experimentó al ver morir á Celia en su casa, estaba pálida y delgada; pero su espíritu entristecido se reanimó al admirar la prodigiosa campiña que rodea á la ciudad de la Alhambra.

Expiraba una bella tarde de Septiembre, y toda la familia se hallaba sentada cerca de un anchuroso balcón, desde el cual se descubría una parte de la florida vega. Gaspar miraba bordar á Elvira, que había cambiado sus hábitos románticos y ociosos por una continua laboriosidad; cerca de la joven, y sentadas en dos grandes sillones, estaban las dos ancianas tías de Gaspar, hermanas de su padre y casi sexagenarias ya.

Eran dos ancianas de cabellos blancos y dulce fisonomía; alternaban en la conversación, y parecían muy dichosas con la compañía de los jóvenes.

Ambas eran viudas, y habían perdido á sus

hijos; eran gemelas, y su vida, que se había deslizado sin conocer los dolores de la separación, se extinguía dulcemente, esperando hallarse en el cielo el mismo día.

Las dos habían hecho ya cesión de todos sus bienes á Gaspar, á quien amaban con la mayor ternura.

María cosía, oyendo leer á su esposo una novela de Víctor Hugo.

Miranda y Alvareda jugaban al ajedrez.

—Señora—dijo un criado entrando y dirigiéndose á Elvira;—aquí fuera hay un señor eclesiástico que pregunta por el Sr. Alvareda, padre.

—Dile que pase adelante—contestó Isidoro.

—Ya se lo he dicho; pero, según parece; es asunto reservado.

—Entonces ruégale que pase á mi cuarto.

Desapareció el criado, é Isidoro dejó su partida y salió en pos de él.

Pocos instantes después volvió á entrar el mismo criado, y dijo á María y á Alberto que el padre de este último les llamaba.

Los dos jóvenes salieron, y hallaron á Alvareda solo y en pie en medio de su cuarto; el eclesiástico había desaparecido.

Isidoro tenía en la mano un cofrecito de ébano abierto; sus ojos estaban humedecidos.

—¡Hijo mío!—murmuró abrazando á Alberto,—yo puedo hoy rehabilitar tu fortuna, la fortuna que la venganza de aquella desdichada te arrebató.

—¿Procede de Celia ese dinero?—exclamó María mirando con terror el fondo del cofrecito.

—¡No!—respondió Alvareda;—¡es una restitución de un dinero que me ha sido arrebatado por medio del fraude en el juego! ¡Tomadlo, hijos míos, y bendito sea Dios que permite á mi mano sacaros de apuros!

—¡Acepto, padre mío!—dijo Alberto;—¡todo lo nuestro es tuyo también; yo trabajaré para los tres, y triplicaré este caudal!

.....
 Aquella misma noche, y cuando estaba reunida toda la familia, anunció Alberto su necesidad de volver á Madrid.

María vió lágrimas en los ojos de su hermana, y la dijo:

—Venid con nosotros.

—No—respondió la joven;—en tanto que esas dos santas ancianas alienten, el sitio de Gaspar y el mío está á su lado. ¡María, la niña ligera y caprichosa ha desaparecido; el amor y la experiencia han educado mi corazón! Yo me parecía á Celia... ¡Sí, sí; no hagas ese movimiento de espanto! Yo era, como ella, coqueta, violenta, arrebatada, y ella ha bajado al sepulcro abandonada de todos; y á no ser por nosotros, hubiera muerto sola y hubiera ido á la fosa común. Yo quiero ser buena y cumplir con todos mis deberes, y lo seré por mí y para que Dios perdone á mi pobre madre la

triste predilección que me tenía, y que tanto daño hizo á mi carácter.

—Y tu padre no se separará de ti, hija mía—dijo Miranda abrazando á Elvira.—Parte tú, Isidoro, con tu hijo y con mi hija; su hermana, Gaspar y yo iremos á reunirnos con vosotros cuando ellos no tengan ya aquí deberes que cumplir. Mi Elvira es ya lo que tanto he deseado: *¡el ángel de su casa!*

FIN DE LA NOVELA

ÍNDICE

PARTE PRIMERA

MUNDÉTA

	<u>Págs.</u>
I.—Escena conyugal.....	9
II.—Nieve y fuego.....	19
III.—María y Elvira.....	26
IV.—Himno de la infancia y de las flores.....	35
V.—La lección.....	44
VI.—Confidencias.....	50
VII.—La rosa amarilla.....	60
VIII.—Visita de un hada.....	70
IX.—La pasión y el deber.....	81
X.—Amante y padre.....	94
XI.—Gertrudis.....	100

PARTE SEGUNDA

EL ALMA HERIDA

I.—Una madre joven.....	109
II.—El primer amor.....	118
III.—El roble y la hiedra.....	124
IV.—El huracán.....	133

PARTE TERCERA

ADOLESCENCIA

	Págs.
I.—La santurrona.....	147
II.—Dos grajos en un nido de tórtolas.....	155
III.—Mundeta mira al cielo.....	162
IV.—La conferencia.....	173
V.—Una madre beata y una hija mimada.....	179
VI.—Escenas de familia.....	182
VII.—Dulces recuerdos.....	193

PARTE CUARTA

LA DICHA DE LA TIERRA

I.—Sebastián.....	199
II.—La sentencia.....	206
III.—Alberto quiere ser dichoso.....	212
IV.—Celia.....	219
V.—La revelación.....	228
VI.—El casamiento.....	239

PARTE QUINTA

GASPAR

I.—Dos sistemas opuestos.....	245
II.—El amigo.....	255
III.—El sol de invierno.....	263
IV.—Encuentro.....	268

	Págs.
V.—Antes que te cases.....	276
VI.—La providencia doméstica.....	287
VII.—El bálsamo de las penas.....	295
VIII.—Nuevas borrascas.....	302
IX.—Siguen los vendavales.....	311

PARTE SEXTA

CELIA

I.—Desaliento.....	323
II.—Elocuencia del corazón.....	332
III.—Las riquezas.....	339
IV.—Consejos.....	346
V.—El amor propio.....	355
VI.—Las armas de la mujer.....	368
VII.—El golpe de muerte.....	376
VIII.—Venus y Juno.....	382
IX.—¡Pobre Celia!.....	393
X.—La confesión.....	400
Epílogo.....	407



